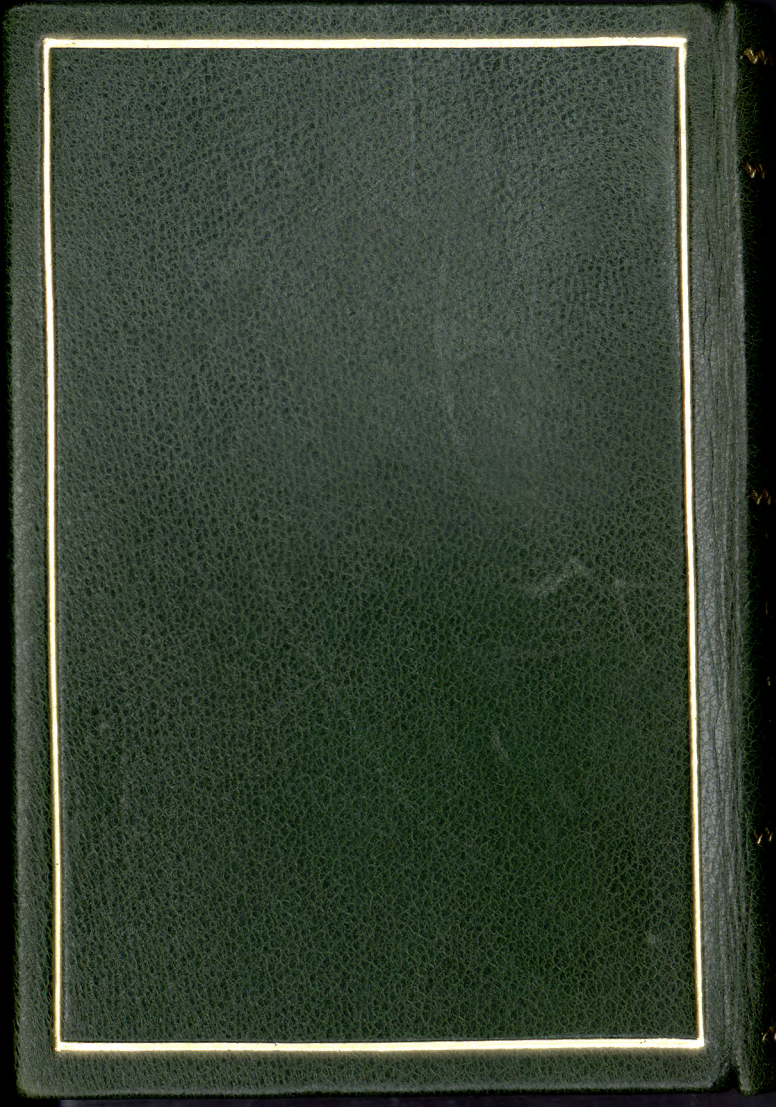




EL
TIEMPO
DE
FERIAS,
O
JACINTO
EN
MADRID



1793



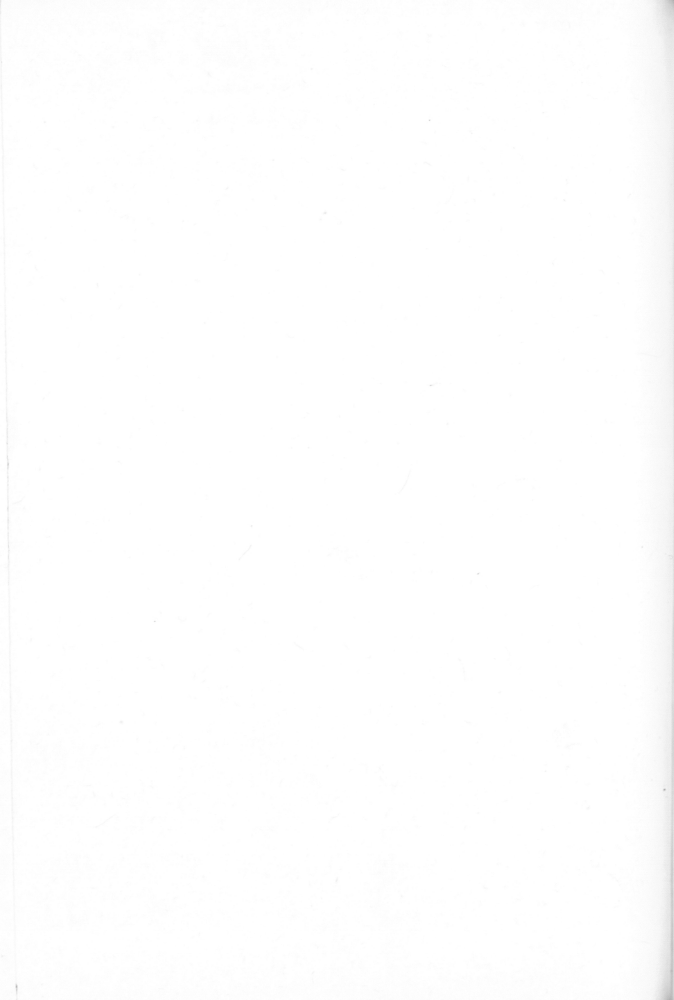


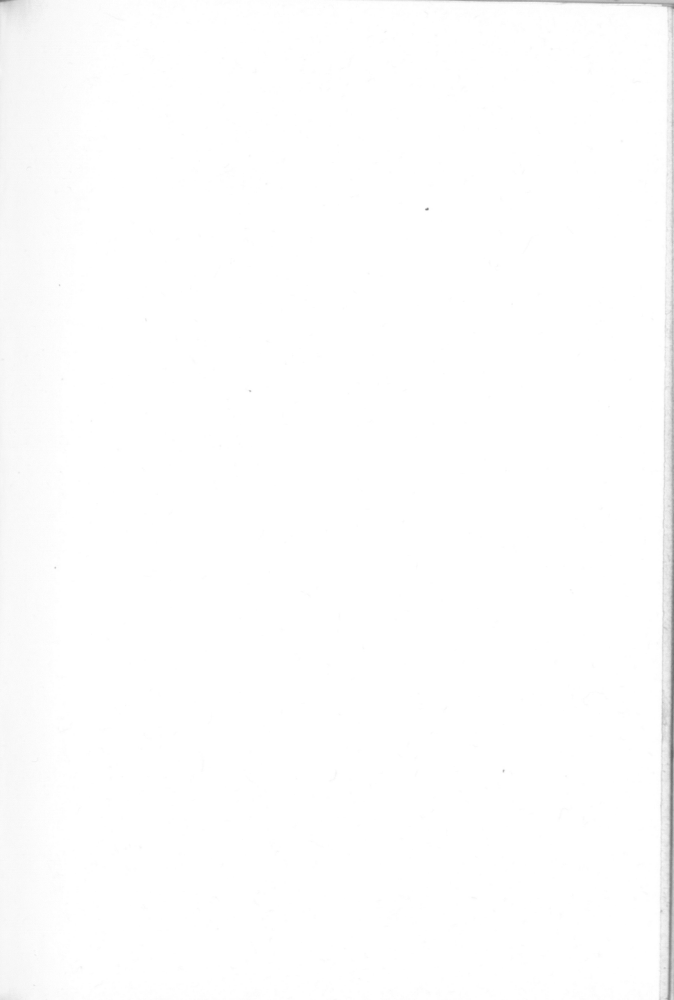


R

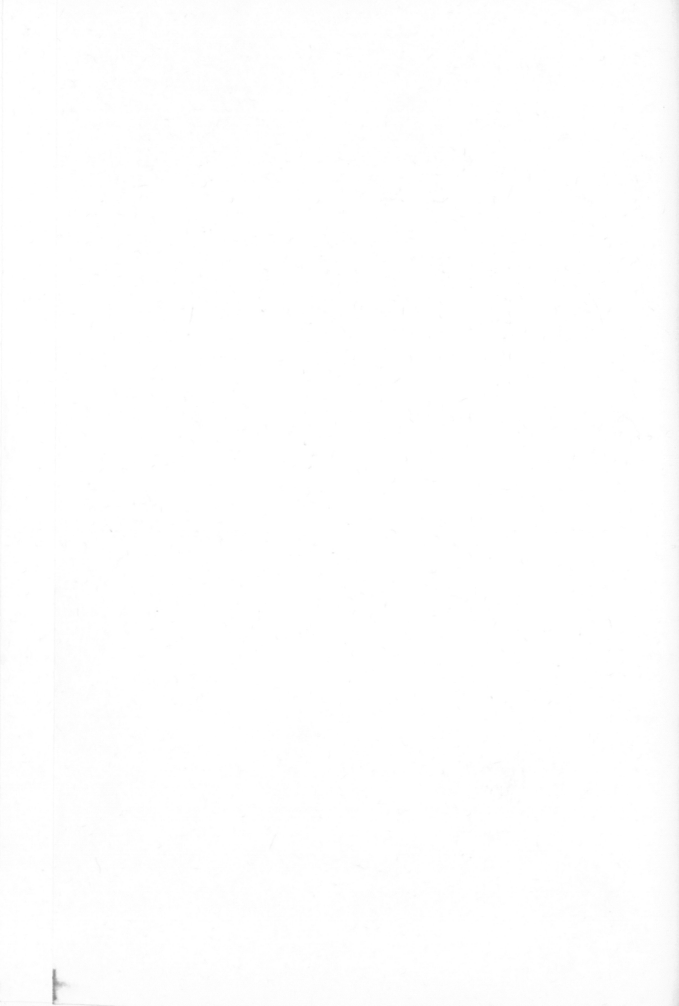
119420

A. 2197









EL TIEMPO
DE FERIAS,

ó

JACINTO

EN MADRID.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE RAMON RUIZ.

AÑO MDCCXCIII.

EL TIEMPO
DE FERIAS
O
JACINTO
EN MADRID.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE RAMON RUIZ
AÑO MDCCCIII.

A LOS JOVENES.

Para vosotros se ha escrito esta Novela, leedla, y aprovecharos de ella; yo quiero divertirlos, el tiempo convidado á ello; buscáis en él alguna cosa de nuevo, y hasta el libro destinado para llenar los ratos ociosos ó los instantes de mal humor quereis que se haya acabado de publicar, y sea tan reciente como las modas: es menester que un libro divierta, agrade y recree, pero sobre todo es necesario que instruya, que enseñe y que corrija.

¿No podremos divertirnos sino con Novelas, con cuentos insípidos, tal vez dañosos y nunca útiles? ¿La diversion y la utilidad, el placer y el provecho no pueden caminar juntos? Baxo las flores de un chiste ó de un gracejo se puede presentar una verdad importante ó una razon que con-

vence. La obra de pasatiempo , puede ser tambien de utilidad.

La Novela que nos hace reir puede instruirnos ; la pintura animada de nuestras costumbres corregirlas , la sátira del vicio hacerle horrible.

Desgraciado el Autor cuyo libro no hace mas que divertir ; aun mas desgraciado aquel cuya obra daña en lugar de aprovechar , los dos deben renunciar al derecho de hablar al público , si el público (mas instruido que lo que regularmente se cree) no les hace renunciar á él.

Yo no escribo ni para los Lectores maliciosos que en todo quieren hallar una sátira maldiciente que exaspera , irrita y no aprovecha ; ni para aquellos que en las obras no buscan mas que su placer ó su diversion muchas veces perjudicial. Hablo á los jóvenes , no á los jóvenes corrompidos y viciosos , sino á los sencillos é inocentes ; no á los que se han perdido en el laberinto del Gran-Mundo , sino á los que van á entrar en él : escribo

para las almas sensibles, para los corazones virtuosos: á ellos dirixo mi obra, y para ellos la público: hallarán en ella las observaciones que han hecho en el mundo, hallarán muchas veces sus mismos pensamientos, sus mismas ideas. De ellos he aprendido muchas de las máximas que establezco: son los Autores de donde he sacado el fondo, los materiales, el todo de mi obra. Su sensibilidad me ha enternecido, su virtud me ha admirado: Ojalá el número de estos entes verdaderamente útiles cuyas acciones llevan siempre consigo el sello de la virtud, fuese más entendido: no soy de la opinión de aquellos que creen que la corrupción, el vicio es quasi general; estoy persuadido por el contrario, á que el número de las personas virtuosas es mayor que lo que comunmente se imagina, pero no obstante puede aumentarse mucho más; á esto se deben dirigir nuestros intentos. Procuro oponer siempre en esta obra el vicio á la virtud. Yo veo que

las mas veces á pesar de todos los obstáculos , la virtud triunfa del vicio , y que éste al fin recibe su digno castigo. He querido manifestar esta verdad en mi Novela , y hacer ver que solo la virtud puede conducirnos á la felicidad. Muchas veces las almas nacidas para la virtud , los corazones sensibles á lo bueno , se separan del verdadero camino y caen en el vicio ó á lo menos se acercan mucho á él: la corrupcion de costumbres , el atractivo de los placeres , el exemplo de muchos jóvenes libertinos , conduce insensiblemente á tales precipicios. Un joven que en su primera edad entra de repente en lo que acostumbramos llamar Gran-Mundo , se dexa deslumbrar por el aparente brillo de los placeres de las delicias que en él se disfrutan , y corre riesgo de viciarse. El amor les hace dar el último paso ácia el precipicio y caer en él. Esta pasion formada las mas veces por un ciego capricho no se fija en el objeto mas virtuoso , en el mas digno , sino en el

mas agradable. Es el escollo de todos los jóvenes, y del que pocos se escapan. Los unos caen en un vil libertinage que los pierde, los hace infelices, los causa la miseria, el abandono, los males, los daños mas funestos, tal vez los conduce en la flor de su edad al sepulcro.

Los otros se dexan arrastrar por una pasión loca y desordenada, no consultan la razón, siguen su capricho, forman uniones, enlaces funestos desgraciados para sí, para sus familias: seducen las jóvenes virtuosas, alteran la paz interior de los esposos, trastornan el orden de la sociedad.

Pocos tienen la fortuna de dirigir su pasión á un objeto virtuoso; pocos un corazón tan sensible, tan naturalmente inclinado á lo bueno que busquen solo la virtud, la amen y la estimen. Así pues el amor hace á pocos felices, y á muchos desgraciados. Su imperio es el mas fuerte, el mas poderoso, muda los corazones, domina, sujeta las demás pasiones. Na-

da le es imposible, todo lo puede, todo lo vence. Al hombre mas virtuoso le hace el mas malvado, al mas malvado el mas virtuoso; produce las mas particulares, las mas extrañas metamorfosis.

Una muger de juicio, de talento, de virtud, mudará al jóven mas livertino de quien sea verdaderamente amada, en un hombre honrado y virtuoso; sus palabras tendrán sobre él una fuerza irresistible, violentará con gusto sus mas fuertes inclinaciones. Sentirá una dulce complacencia en uniformarse con la que ama, en revestirse de su carácter, de sus ideas, de sus sentimientos, procurará asemejarse á ella por el lado de la virtud, mirará con horror sus antiguos vicios.

Este es el fin, el objeto de mi novela; un jóven dotado de buenas qualidades, naturalmente inclinado á lo bueno, se entrega á los placeres, está próximo á caer en el libertinage, en la disolucion mas desenfrenada.

nada, guiado por un amigo tan falso, como pérfido y malvado.

El amor que causa la ruina de tantos hace su felicidad el deseo de agradar á una persona virtuosa de hace ser virtuoso. Este es el retrato de Rita y Jacinto, los héroes de mi Novela, este es el plan de ella.

Está escrita para enseñar á los jóvenes, á ellos la dirixo, á ellos la dedico.

Jóvenes sensibles, á vosotro hablo, vuestros corazones no están aun formados. Las bellas qualidades de que los dotó el sábio Autor de la naturaleza, no están aún corrompidas: vais á entrar en el mundo aun no reconocéis los peligros que en él amenazan á vuestra virtud. Mi obra os advierte de ellos, procurar huirlos. Leedla atentamente, meditar sobre ella si produce en vuestros corazones este suave y delicioso placer que causa la virtud, si crece vuestro amor á ella. Dichoso yo: he logrado mi fin; he contribuido al bien de mis

semejantes. Pero si solo experimen-
tais una comocion débil y pasagera,
tendré el sentimiento de no haber
hecho mas que demostrar mis bue-
nos deseos.



CAPITULO I.

La educacion interrumpida.

Don Simon era uno de estos hombres buenos y honrados , que se hallaban mas frecuentemente en los tiempos antiguos , que en los nuestros. Habia servido con honor y distincion en el Exército , sus méritos habian sido recompensados ; contento de sus servicios , satisfecho con los honores que habia recibido , en lugar de ir á disipar sus bienes en el tumulto de los placeres , y en el centro del Gran-Mundo , buscó una esposa noble y virtuosa como él , y se retiró á un Pueblo del que era Señor, deseoso de pasar el resto de sus años en hacer bien á sus vasallos , y en cumplir con las obligaciones de Ciudad-

dadano , de esposo , y de señor.

Pero yo no pretendo escribir la Historia de Don Simon, es la de Jacinto su hijo.

La del primero sería el retrato de un hombre de bien, siempre virtuoso, siempre honrado, siempre benéfico. La del segundo es la de un jóven dotado sí de buenas disposiciones, pero á quien los placeres y el aparente brillo del Gran-Mundo van á corromper.


Don Simon dió á su hijo un Preceptor, éste le enseñó quanto puede contribuir á formar el espíritu y el corazón. Tuvo conocimiento de las ciencias y artes nobles, sabia bastante para poder pasar por un hombre de talento, y hacer su conversacion agradable y útil.

Su Padre estaba contento de los progresos de su hijo; conocia que sus pasiones eran vivas y fuertes; que tenia inclinacion á los placeres; que por mucho tiempo necesitaba de un Preceptor que le enseñase; y siempre de un amigo virtuoso que le liberta-

se de los peligros á que la demasiada fuerza de sus pasiones podia exponerle. De este modo Jacinto sería uno de los hombres de mas mérito y de mas virtud.

El pensamiento de Don Simon era bueno. El debía ser el Preceptor principal, y el amigo verdadero, Jacinto le amaba con la mayor ternura, era facil ganarse enteramente su confianza, y lograr su amistad.

La muerte vino á cortar tan buenos proyectos. Una enfermedad aguda conduxo á Don Simon al sepulcro. La única pena que le atormentaba era que su hijo quedaba en la temprana edad de diez y ocho años aun no bien formado su corazon, ni enteramente justificada su virtud. Pero lleno de una confianza christiana se tranquilizaba seguro de que el Ente Supremo que cuida de todas las criaturas no abandonaria al jóven Jacinto.



CAPITULO II.

El falso Amigo.

A la muerte de Don Simon, Jacinto entró en posesion de infinitas riquezas, parte en dinero que su Padre habia juntado por medio de su prudente economia, parte en bienes y efectos.

He olvidado decir que su Madre habia muerto algunos años antes que su Padre, de consiguiente Jacinto á la edad de diez y ocho años se hallaba dueño absoluto de su voluntad y de sus bienes.

En vida de su Padre habia pasado la mayor parte del tiempo en la Ciudad, Don Simon queria que conociese el mundo, pues que debia vivir en él. El trato de las Aldeas y Pueblos

pe-

pequeños tiene sus ventajas, pero tambien tiene sus inconvenientes. Las costumbres son regularmente mas puras, hay mas sencillez, mas buena fe, menos luxo, y menos peligros para la juventud; se conocen pocos placeres, y estos son por lo regular inocentes; las pasiones estan mas apagadas porque hay pocos objetos que las estimulen y aviven.

Pero el hombre criado en la Aldea solo es propio para vivir en ella; un cierto ayre de rustiquez hace las mas veces su trato desagradable, su conversacion esteril y seca, sus modales vastos, no sabe conducirse en la sociedad, con esta habilidad, con esta maña y astucia que nace del frecuente trato del profundo conocimiento de los hombres.

La direccion de su Preceptor podia libertar á Jacinto de los peligros que en las grandes Poblaciones amenazan á los jóvenes, y hacerle sacar con sus consejos todas las ventajas de un trato universal y escogido. Don

Simon, haciendo vivir alternativamente á su hijo en la Ciudad y en su Pueblo, procuraba inspirarle por un lado la sencillez y la inocencia, por otro la política y la civilidad, y le ponía en estado de comparar unos hombres con otros, conocer sus defectos, y apreciar sus virtudes.


En el tiempo que Jacinto habia permanecido en la Ciudad habia hecho amistad con un jóven de su edad llamado Enrique. Tenia éste un grande ascendiente sobre el corazon de Jacinto. Habia bastante conformidad entre estos dos jóvenes. Pero sus costumbres eran muy diferentes; Enrique tenia el corazon muy corrompido, solo amaba los placeres, la disipacion, el juego, y muchos otros vicios que se siguen á estos; abandonado desde su mas tierna edad por unos Padres nimiamente cariñosos, y demasiado indolentes, no habia tenido mas regla de sus acciones que su capricho ó su gusto.

La compañía de Enrique era tan-

to mas perjudicial para Jacinto quanto que sus vicios, sus extravios aparecian las mas veces baxo el ayre del pasatiempo, ó de una ligera diversion: al mismo tiempo Enrique que tenia mucho trato de mundo, sabia de tal modo acomodarse al gusto de los demas, revestirse de su carácter, disimular sus faltas quando convenia, que á veces parecia un hombre virtuoso, ó un jóven arreglado. Asi habia engañado al Preceptor de Jacinto y hechose el amigo de éste, el que le miraba como á un amigo verdadero, y como á un jóven vivo, alegre y jocoso.


Mientras que el Padre de Jacinto vivia, Enrique habia atendido solo á ganarse su corazon, y á mantenerse en la buena opinion que habian formado de él, Don Simon y su Preceptor. Se habia contentado con acompañarle en las diversiones pueriles, y jamas se habia atrevido á aconsejarle nada contrario á lo que su Maestro le mandaba.

Muerto Don Simon, Enrique comenzó á mudar insensiblemente de conducta. El primer paso era separarle de su Preceptor. Para esto le dixo que ya tenia bastante instruccion en las ciencias, y que á su edad ya podia manejarse solo en el mundo, sobre todo con la compañía de un amigo verdadero. Los repetidos discursos de Enrique hicieron su efecto. Jacinto llamó á su Ayo, le dió gracias por el cuidado que habia puesto en su educacion, le dixo; que mientras durase su vida le miraria como á su Maestro, como á su Padre, como á su Director, no olvidaria nunca sus consejos, se acordaria siempre de sus máximas, y le consultaria en todos sus negocios; pero respecto á que su educacion estaba ya finalizada, era ya tiempo de que se presentase solo en el mundo. Mandole dar un buen regalo, le premió, le recompensó y aseguró su subsistencia para el resto de sus dias, porque en efecto le amaba; y con esto le mandó retirarse.



CAPITULO III.

Todo fastidia.



Jacinto y Enrique pasaron á poco de la Aldea á la Ciudad, era ésta una de las mas populosas y divertidas de España. Jacinto tuvo bien pronto en ella amigos, diversiones y placeres; sus riquezas le proporcionaban todos los medios de brillar. Reunia muchas qualidades, que le hacian el Caballero de mas mérito de todo el Pueblo. Era el mas rico y opulento de todos, y pocos le excedian en mérito personal, y en las gracias del espíritu.

Enrique le introduxo en las principales tertulias del Pueblo, en los bayles, en las juntas, en las conversaciones, y en los juegos; se hizo amar

de unos, aborrecer de otros, y admirar de todos.

Al año de su residencia, en la Ciudad nadie hablaba sino de Jacinto; todos confesaban su superioridad, le concedian la preferencia, nadie se atrevia á competir con él, y todos procuraban imitarle. Frequentaban su casa las personas mas brillantes; tenia tertulia fixa donde todo extranjero era admitido; la aprobacion de Jacinto decidia del mérito de una persona, y bastaba para asegurar su reputacion.

Este género de vida siempre uniforme y monotoná fastidió á Jacinto, y desagradó á Enrique. Habia llegado á lograr la preferencia sobre los demás petimetres del Pueblo; era el mas opulento, el mas universalmente estimado. No tenia mas que ambicionar: sus deseos estaban satisfechos, y por consiguiente se agotaron sus placeres.

Resolvieron pasar á vivir á la Corte, donde los placeres les parecian que

que eran inagotables.

Enrique le pintaba á Madrid como un teatro mas basto , donde las escenas se renovaban todos los dias, se podia lucir mejor , y hacerse estimar mas. Jacinto habia disipado gran parte del dinero que su padre le dexó , en la Ciudad: el viaje á Madrid exigia mayores gastos : para brillar en la Corte era necesario sumas considerables : Enrique que dirigia todas las operaciones de Jacinto , halló bien pronto personas que adelantasen el dinero necesario : fue un negocio concluido en el que Jacinto solo puso el consentimiento , sin que supiese en lo que consentia.



CAPITULO IV.

Nuevos Placeres.

Jacinto y Enrique llegaron á Madrid, precisamente en el tiempo que comienzan las ferias, es decir, á principios de Otoño, estación que reproduce las flores y los placeres de la Primavera, y en la que muchas gentes forasteras suelen concurrir á la Corte, no tanto por ver las ferias que no tienen el mayor atractivo en sí, quanto por ser la estación y el tiempo mas propio para gozar de las diversiones que parecen tener en ella su asiento fixo.

Enrique habia estado muchas veces en la Corte y la conocia bastante bien, conocimiento que le habia costado crecidas sumas, y le habia pro-

producido fatales experiencias que pudieran haberle servido de desengaño si semejantes hombres fueran capaces de desengañarse.

Jacinto se creía en un nuevo mundo: todo le admiraba, todo le sorprendía, todo le agradaba; la multitud, la variedad, la novedad de los objetos le confundía, le reducía á una especie de caos; su alma se prestaba á todas las impresiones que venían tumultuosamente á fixarse en ella. Su corazón no podía sostener tanto número de sensaciones, y experimentaba una especie de dolor en medio de los mismos placeres. Pero á poco las ideas se colocaron con orden, las sensaciones se hicieron menos vivas, su efecto menos fuerte; y entonces comenzó á gozar verdaderamente los nuevos placeres que le ofrecía la Corte.

Enrique se dedicó á formarle, á instruirle, á enseñarle los modales, los usos, las costumbres, el tono fino y delicado, el ayre de moda, y sobre-

todo, lo que algunos entienden por maneras. Tomaron una casa amueblada con gusto y profusion, gran número de criados, equipages de moda y de una hechura particular; sus vestidos, sus adornos, no eran de un gusto menos delicado y exquisito.

Jacinto era dócil, se dexaba guiar facilmente; Enrique lo dominaba, su amor á los placeres era excesivo, porque sus pasiones eran muy vivas. Un jóven rico, sin experiencia, sin conocimiento, no puede menos de caer en el libertinage con estas dos qualidades tan dañosas en su edad.

Esto sucedió á Jacinto: Enrique le proporcionaba toda suerte de placeres, aun los mas dañosos, el juego, el bayle, el teatro, las visitas, los banquetes llenaban todo su tiempo; sus compañeros eran por lo regular los jóvenes mas disolutos y corrompidos; sus amistades las mas escandalosas, las mas perjudiciales; su conducta fue bien pronto bastante reprehen-

sible. Un amigo falso y pérfido, es tan dañoso, como útil uno verdadero y virtuoso. Jacinto, naturalmente bien inclinado, hubiera sido bueno con una buena compañía, la de Enrique le conducía al precipicio. ¿Quién le libertará de él?



CAPITULO V.

Cómo evitar el mal.

De que se ha dado el primer paso ácia el libertinage, es tan facil el seguir su dañoso camino, como difícil huir de él. Jacinto habia olvidado los buenos consejos de su padre, las sabias lecciones de su maestro: las semillas de virtud que estos habian derramado en su corazon sino estaban enteramente apagadas, á lo menos se hallaban muy sofocadas; so-

lo

lo le parecia bueno lo que Enrique le enseñaba, y éste le daba las lecciones mas viles, mas malvadas.

¿Qué situacion tan digna de lástima, de compasion, la del sencillo é inocente Jacinto? El vicio le rodea por todas partes, le cerca, le encadena, le esclaviza; no existen ya sus antiguas ideas, útiles, sábias, y verdaderas. Es víctima de mil preocupaciones dañosas. Una multitud de estos entes miserables, ministros viles de la disolucion del libertinage, eran el objeto de su pasion y de su cariño. Estas harpias venenosas corrompian sus costumbres, le seducian, le engañaban con sus falsas caricias, sus alhagos; le chupaban sus bienes, contribuyendo á su ruina. Un hombre vil y despreciable, un malvado, se llamaba con el dulce nombre de amigo; dominaba su corazon, y era el objeto de su sensibilidad, de su estimacion. Varios otros jóvenes, no menos disolutos, se dividian entre sí su afecto, su estimacion, su confianza;

sus buenas qüalidades existian aun , pero sus costumbres estaban bastante corrompidas.

Este género de vida , este libertinage , esta disipacion , este excesivo luxo exígia los gastos mas considerables ; las sumas mas quantiosas se dissipaban en un momento : Enrique cuidaba de todo : faltaba dinero , se proyectaba un bayle , un banquete , una partida de caza , era necesario gastar , no habia , Jacinto exígia se buscasse de qualquier modo. Enrique proporcionaba al instante un hombre que adelantaba las sumas necesarias ; pero á costa de los mayores intereses se le concedian ; estos préstamos , estas deudas apresuraban mas y mas la ruina : pero entretanto veamos por menor la conducta de Jacinto. Echemos un velo sobre sus escandalosas aventuras , no hablemos en particular de su libertinage. Basta nombrarle , pintar sus dañosas conseqüencias para hacerle aborrecible : no es necesario pintarle á él mismo , para corregir ; no es pre-
ci-

ciso escandalizar. Un diario de su vida y de sus ocupaciones podrá dar alguna idea de sus costumbres , y de su conducta ; pero esto será para el capítulo siguiente , que éste me parece largo sin serlo.



CAPITULO VI.

Diario de un Petimetre.

Y acinto pasaba la mañana , parte en el tocador peynándose , vistiéndose , adonizándose , parte en el estrado disputando sobre vagatelas , diciendo graciosas niñerías , contando algunas noticias del dia , haciendo reir con algunos chistes. Al medio dia iba á la Puerta del Sol. Esto era indefectible. Siempre habia algun trage nuevo con que lucirlo , y llamar la atencion. Atravesaba por en medio de los cor-
ri-

rillos que alli se forman , miraba los carteles de la Opera , de la Comedia , pasaba rapidamente la vista por la multitud , se ponía en el mejor parage para ser visto , se juntaba con algunos conocidos , decia quatro chanzas , y á las dos se retiraba precipitadamente á comer.

¿A su casa?::: No : unas veces á la Fonda con quatro aduladores , que le pagaban su garvosidad con obsequiarle , alabarle , aplaudirle por delante , murmurar y reirse de él por detras ; otras , casa de algunos jóvenes tan ricos , y tan gastadores como él. La comida duraba hasta bien tarde. Se levantaban de la mesa para jugar un rato , en tanto que se disponia el ir á la Comedia , á la Opera , al bayle , ó á la Feria.



CAPITULO VII.

La Feria.

Ahora que viene á propósito , digamos algo de la Feria , para que la obra corresponda con su titulo ; no hay mucho que decir de ella , apenas habrá para formar un capítulo muy breve.

Montones de trastos viejos acinados en las calles , en las Plazuelas, en los portales ; libros antiguos , escapados de los caramanchones , ó sacados de las Bibliotecas de los ratones, roídos por estos , y carcomidos de la polilla ó del polvo : muñecas , títeres y monuelos en las Covachuelas ; puchereros , platos , ruedos , espeteras , sillas bastas con asientos de madera, tiendezuelas con cintas de mil colores,

res , espejuelos , cofias , espetones , y peynes ; puestos de frutas , de dulces y confites ; griteria infernal por todas partes , confusion , apretura , locura , y alboroto en la Plazuela de la Cebada , centro de la Feria , y reunion del concurso : he aqui en pocas palabras la pintura de la Feria.



CAPITULO VIII.

El Paseo de moda.

Está estos dias en la Plazuela de la Cebada ; nadie va al Prado : á la tarde los coches forman dos filas en la calle de Toledo , y atraviesan la Feria ; á la noche las Señoras van á pie luciendo su ayroso talle.

El concurso es muy grande , mucha apretura á la entrada y á la salida , no menos en el centro , todo está
mez-

mezclado y confundido , apenas se puede romper por entre tanta gente.

¿Qué atractivo tiene este paseo? Ninguno : se concurre á él solo porque es costumbre , porque es moda.

El inmenso concurso forma la diversion; los brillantes equipages , los diversos trages , la variedad de objetos presentan la vista mas agradable, llaman y fixan la atencion. A una parte se ven hermosos coches dados de los mas exquisitos barnices; se admira el gusto , el primor , la riqueza de los trages de las personas que los ocupan , por otro lado se ven algunas damas adornadas con el mayor primor, caminan con gracia y donayre , saludan ligeramente , y de paso á unos, vuelven por distraccion la cortesia á otros. Varias otras estan sentadas en medio de la Feria llamando la atencion con sus plumages , sus gasas , y sus cintas.

Las calles que conducen á la Feria son estrechas , la entrada es dificil, la gente se apresura , se aprieta, se in-

comoda. Los petimetres alocados y cabaleras, aumentan la confusion con su atolondramiento y fatuidad. Quieren estar á un mismo tiempo en muchas partes, ser vistos por todos. Presentarse delante de los coches, de las sillas, en el centro, á los lados, á la salida del paseo. Su amor propio, único objeto, á quien estos entes particulares procuran agradar, no queda satisfecho, si no han gustado en una parte, admirado en otra, y hechoso ridículos en todas con sus gestos, y con sus monadas afectadas.

Caminan velozmente la cabeza levantada, el pecho sacado, se mueven á un lado y otro con ligereza, juegan con su baston, miran á un tiempo á todos lados, murmuran de quantos ven, saludan á quantos encuentran, dan grandes carcajadas, hacen gran ruido, se apresuran á mezclarse en los parages de mas concurso, para loquear y alborotar mas. Hablan alto, y siempre de diversiones, de placeres que no han disfrutado ni esperan disfru-

frutar, proyectan refrescos, meriendas, saraos que no han de verificarse, permanecen hasta media noche incomodando á todos, y se retiran molidos y cansados para volver otro dia á representar igual Comedia.



CAPITULO IX.

Qué locura.

Pero volvamos á Jacinto, y hagamos la pintura de la Feria, haciendo la de una parte de sus diversiones, el retrato de los petimetres atolondrados, haciendo el suyo, y especialmente el de Enrique su amigo; pero no, Enrique es mas. Un petrimetre atolondrado es un ente ridículo, muchas veces perjudicial, las mas inutil y despreciable; pero el amigo de Jacinto es un ente aborrecible, malo por

por caracter, perverso por sistema.

Jacinto no faltaba tarde alguna de la Feria, entraba velozmente por entre la multitud, hacia cortesias á un lado y á otro, miraba unas veces su vestido, su equipage, orgulloso de su buen gusto, echaba de quando en quando una ojeada sobre el de los demas para hallar alguna falta, algun defecto que lo hiciese reir. En efecto, Jacinto se distinguia, tanto por el gusto y la novedad de sus vestidos y equipages, como por su riqueza. Los petimetres le miraban como modelo, y las señoras le obsequiaban á porfia. Una tropa de amigos le seguia á todas partes. Semejante en todo á los petimetres, de quienes unas veces era la copia, otras el modelo, permanecia loqueando larga parte de la tarde, y de la noche, recorriendo las sillas, deteniéndose aqui un rato, allá otro, disfrutando todas las conversaciones, sin fixarse en ninguna.





 CAPITULO X.

Mejor es reirse.

¿ por qué no? todos se rien de los defectos ajenos , los suyos no los ven , porque no quieren , otros los verán , y los ridiculizarán. Imitemosles , riámonos , no de las personas en particular ; se las debe respetar , pero de los vicios , de los defectos en general ; así sin hablar con nadie se habla con todos , se corrige sin zaherir , sin dañar. Un hombre de juicio , de talento , cuyos defectos (porque él tambien los tiene) se escapan á la multitud , se rie de las monadas , de la afectacion , de la vanidad de un petimetre. Tiene razon.

Un petimetre de la Corte que cree que en él reside la verdadera política,
la

la delicadeza , la urbanidad , todas las buenas qualidades , todas las gracias del trato social , que él es un modelo que todos deben imitar , un original que todos deben copiar , desprecia , se mofa , se rie , insulta con palabras irónicas al forastero que no tiene su ayre superficial y brillante. Apenas se digna mirarle. ¿Quién dirá que este tiene razon?::: Solo él , ó sus semejantes.

Jacinto tenia buenas qualidades naturales , éstas no las conocen los petimetres. Al principio hubo de sufrir su risa , sus desprecios , porque carecia del ayre del Gran-Mundo. A pocos dias de su llegada á la Corte, Enrique le presentó en la Tertulia de la Condesa Hortensia. Era la mas lucida y la mas divertida de toda la Corte, concurrían á ella las personas mas finas , las mas instruidas , las mas agradables de toda ella. Causaba placer la variedad , la diversidad de caracteres, de gustos , de opiniones. Reynaba un hermoso desorden , una bella confu-

sion. Era una miñatura del gran cuadro de la Corte: aqui se hablaba, alli se jugaba, mas alla se cantaba, y en otra sala se formaban contradanzas. La Condesa hizo á Jacinto la mejor acogida, todos se apresuraron á obsequiarle, muchos en la apariencia, pocos en la realidad: algunos le prodigaban las expresiones de un repentino y extraordinario afecto, estos eran los mas viles, solo venian á reirse de él, le hablaban para observarle, le trataban con agrado para ganarse su confianza, descubrir su ridículo para pintarle luego maliciosamente.

Jacinto fijó por un instante la atencion de los concurrentes. Los Jugadores echaron sobre él una mirada de distraccion, y le recorrieron desde los pies hasta la cabeza mientras se daban las cartas. Todos convinieron en que tenia *el ayre de hombre de Provincia*, y que aun no estaba formado; pero las opiniones se dividieron sobre su mérito. Los hombres le miraron, unos con desprecio, otros con en-

envidia , se rieron por lo baxo , dixeron algunas chanzas , murmuraron un poco. Leandro decidió absolutamente que era un bestia , sin talento, sin espíritu , y sin gracia. Narciso notó que no sabia hacer la cõrtesia. Crisanto añadió que no tenia mas mérito que el de su figura; ; pero la figura sin gracia qué es ?::: Teodoro negó el mérito que le concedia Crisanto , notó sus faltas , é hizo soltar algunas carcajadas maliciosas. No hay que cansarnos , añadió Carlos , sus riquezas son todo su mérito; y no es poco , respondió uno que no era muy rico. Entoncês les informó de la clase y circunstancias de Jacinto , y hubo materia para una conversacion mas extendida y mas satírica.

Las Señoras fueron muy benignas con él , y en general su juicio mas seguro , agradó á algunas , pareció indiferente á otras , y desagradó á muy pocas. Tiene mérito, dixo Felisa , pero no está formado ; meréce que alguna de nosotras se tome esta molestia,

tía, no perderá su tiempo. Adelayda, que entonces estaba desazonada con su amante Morbar, por no haberle traído á tiempo una cinta para su prendido, formó el proyecto de dexarle por Jacinto; Morbar solo experimentó aquella noche desprecios y desvíos. Tuvo zelos, se desesperó, dió queexas, satisfacciones, suplicó, amenazó, se retiró, hizo el pensativo; volvió por último, finalizó con un largo discurso que hizo bostezar por una hora á Adelayda, y no le sirvió de nada.



CAPITULO XI.

Llegó mi hora.

Dixo Jacinto, á quien no se habian escapado, las miradas, las risas irónicas de Leandro y sus compañeros
me

me han juzgado , yo les juzgaré. Mi poco mundo , mi ayre de Ciudad , ó de Provincia , como es moda decir entre ellos , les ha hecho reir; este es mi defecto , es facil enmendarlo , pronto no le tendré , observaré los suyos , tal vez serán mayores que los mios , y aun puede ser dificil , ó quasi imposible de corregir.

No se engañaba Jacinto , sus defectos eran muy inferiores á los de sus ribales , su mérito superior , ellos no tenian mas que el que dá precisamente el mucho trato. Mérito que adquieren igualmente el tonto y el discreto , y que en la realidad no es ninguno. Leandro era uno de estos hombres superficiales , que solo juzgan de los demas por el exterior; no tenia mas talento que el de poner bien algunas contradanzas , creia que favorecia bastante á una dama con dignarse hacerla una ligera sonrisa.

Narciso era como una estatua , buena presencia y ninguna gracia , agrada-

daba pero no interesaba, era alabado y estimado, pero jamas querido. Todo el mérito de Crisanto consistia en lo que no era él, agradaba por sus vestidos, sus galas, y sus joyas; antes de ponerse al tocador era la figura mas despreciable: empleaba quatro horas en componerse, y solo de este modo podia quedar en un estado medianamente agradable.

¿Y Teodoro?.. él y Carlos, eran los únicos que tenían algún mérito, si se puede dar este nombre á las gracias que no bienen del espíritu; sin embargo, eran bien inferiores á las de Jacinto. El primero tenia una figura medianá pero que interesaba; bastante gusto en vestirse, gracia, chiste y grácejo en la conversacion, cantaba medianamente en Italiano, tocaba la guitarra, bordaba, y dibujaba.

El segundo interesaba aún mas que el primero sin tener tanto mérito, porque sabía hacerlo valer, era el oráculo de las modas. Tenia siempre las mejores y las mas nuevas, sus evi-
llas

llas y sus relojes, eran los mas primorosos; sus caxas para el tabaco, las mas graciosas y bonitas; sabia hablar una hora seguida sin fastidiar, y aun hacia reir de quando en quando; no ignoraba ninguna de las noticias del dia, contaba cuentos muy chistosos.



CAPITULO XII.

No lo pensaba.

Jacinto no podia imaginarse que con su ayre de Provincia, su timidez y sus defectos habria de desvancar á Morvar, y obscurecer á sus ribales.

Sucedio sin pensarlo, y aun sin pretenderlo: fuese capricho ó razon, la mayor parte de las Señoras, y de las de mas mérito, se declararon á su favor, y procuraron llamar su atencion.

Ja-

Jacinto solo procuraba seguir su costumbre, recorrer todas las diversiones, disfrutarlas sin fixarse en ninguna. Paseó todas las salas, jugó, bayló, oyó cantar, y se mezcló en las mejores conversaciones.

Adelayda y sus compañeras le rodearon despues de haber baylado con él algunas contradanzas. Todas querían hablarle á un mismo tiempo, preguntarle, exâminarle, interesarle; iban á quien podia mas, se prodigaron las miradas, las gracias, los chistes, las palabras equívocas, se hablaban al oído unas á otras, habia golpes de abanico, risitas y fiestas. Procuraban ostentar sus gracias, sus habilidades, su talento, su espíritu: hasta la mas pequeña, la mas ligera acción, tenia su fin y su idea. Jacinto era el objeto á que todo se dirigia.

Debia estar satisfecho y contento de tan feliz acogimiento: lo estaba en efecto, el contento le produjo libertad, perdió su ayre tímido, y des-